

El mieleiro de La Alcarria

por Jesús Lana Feito

¡*Miel de La Alcarria!* gritaba aquel hombre enjuto de tez morena. En sus alforjas al hombro llevaba dos toneles de madera llenos de miel. Apenas quedaba sitio en las alforjas para unos quesos que también vendía.

Pocas personas ajenas llegaban al pueblo, una novedad poco frecuente para los siempre observadores nenos. Conocíamos bien el proceder de los que se acercaban a nuestra cerrada comunidad. Llegaban con la mercancía al hombro, o en caballo, o rodando como aquel artilugio de la piedra del afilador gallego. Éste acompañaba el grito de *afilador y paragüero* con un instrumento, que soplaba, a modo de flauta de varios caños o kena sudamericana.

Todos estos oficios de antaño han ido desapareciendo de la mano de mi juventud y, por esta razón, quiero dejar referencia escrita para los más jóvenes.

Quedábamos asombrados al ver al mieleiro sacar la garfietsa de madera y llenar un tarro de miel que nuestras madres guardaban como oro en paño. Un tarro que se compraba para una enfermedad, decían. El mieleiro recorría todo el pueblo y vendía algo en cada casa, excepto en aquellas pocas que cosechaban su propia miel.

Al viajar ahora entre Cuenca y Guadalajara, visito los pueblos de La Alcarria y tengo la suerte de conversar con un mieleiro en el pueblo de Peñalver. Tiene 80 años y viajó por muchos pueblos de Asturias, Galicia, Madrid, Alicante o Andalucía y, por supuesto, llegó varias veces hasta Valle de Lago.

Mis preguntas no le daban pie a despistarse en anécdotas pasajeras. Eran demasiadas preguntas para conocer mejor esta profesión desaparecida: ¿en qué viajaban? ¿cómo llevaban toda la miel? ¿dónde la almacenaban para ir a todos pueblos? ¿cuánto ganaban? ¿cuántos meses del año se dedicaban a esta tarea comercial?

En este pueblo de Peñalver residía el mayor grupo de mieleros que viajaban por toda España y que, sorprendentemente, no sabían cómo se trabajaba en el colmenar. Compraban la miel a sus vecinos, pero no tenían tiempo para observar todas las tareas. Ellos se encargaban de vender el producto. Otros vecinos sacaban la miel, incluso hacían trashumancia con sus colmenas utilizando el carro y las vacas, encargaban las colmenas a un carpintero y realizaban todas las tareas propias de la cosecha o mielada.



Los mieleros viajeros salían del pueblo en autobús, en grupos de 20 ó 25, hasta la estación de tren más próxima y nuevamente en autobús hasta la cabecera de cada municipio de Asturias y otras regiones.



En Somiedo se hospedaban en casa Alejandra, hoy casa Miño. Allí dejaban algunos toneles de miel y salían para cada pueblo con dos toneles pequeños, de 12 kg, en las alforjas. La ganancia en cada kilo de miel, hace 60 años, era interesante; compraban la miel en su pueblo a 8 pesetas y la vendían en Asturias a 24 pesetas.

En la estatua instalada en la plaza del pueblo, dedicada a la profesión que dio vida al lugar, se observa que el mieleiro portaba también un puchero en el brazo. En él llevaba *arrope*, un producto preparado con trozos de melón cocidos en mosto de uva. Si estaba bien cocido duraba días, si no había que consumirlo pronto. En Oviedo lo elaboraban ellos mismos con calabaza, a falta de melón, y lo vendían también con buen éxito.

Los gastos de la profesión se limitaban al transporte y al alojamiento. El transporte no era caro, pero sí la posada que hacía también de almacén y base de operaciones. Muy pronto agotaban la miel que podían transportar y tenían que pedir a sus vecinos otros envíos de miel facturada.

Finalizadas las fiestas del 8 de septiembre partían de Peñalver para regresar por Navidad y nuevamente en enero hasta la semana santa. Tampoco había descanso en verano, viajaban a Alicante o Andalucía donde ya había turismo y buenas oportunidades de venta. Madrid siempre estaba ahí, en cualquier estación del año. Allí se inició este mieleiro a los nueve años de edad. Sus compañeros le recomendaban llamar directamente a cada puerta mejor que anunciarse gritando y así comprobó que, por su edad, le compraban más miel que a sus vecinos adultos. Esos ingresos le permitieron comprar el primer coche, aunque no tenía la edad para sacar el carnet de conducir.

El varón viajero ganaba para toda la familia. Las mujeres atendían la casa, la huerta y esperaban la llegada de los mieleiros durante varios meses.